raciones de la memoria y de las demás potencias en este estado todas son divinas; porque poseyendo ya Dios las potencias como ya entero Señor de ellas, por las transformaciones de ellas en Sí, Él mismo es el que las mueve y manda divinamente, según su divino espíritu y voluntad; y entonces es de manera, que las operaciones no son distintas, sino que las que obra el alma son de Dios, y son operaciones divinas. Que por cuanto, como dice san Pablo (1 *Cor.*, 6, 17), *el que se une con Dios, un espíritu se hace con Él,* de aquí es que las operaciones del alma unida son del Espíritu divino, y son divinas (1).

9. Y de aquí es que las obras de tales almas sólo son las que convienen y son razonables, y no las que no convienen; porque el espíritu de Dios las hace saber lo que han de saber, e ignorar lo que conviene ignorar, y acordarse de lo que se han de acordar, con formas y sin formas, y olvidar lo que es de olvidar, y las hace amar lo que han de amar, y no amar lo que no es en Dios. Y así, todos los primeros movimientos de las potencias de las tales almas son divinos, y no hay que maravillar que los movimientos y operaciones de estas potencias sean divinos, pues están transformados en ser divino.

10. De estas operaciones traeré algunos ejemplos, y sea éste uno: Pide una persona a otra que está en este estado, que la encomiende a Dios. Esta persona no se acordará de hacerlo por alguna forma ni noticia que se le quede en la memoria de aquella persona; y si conviene encomen-

---

(1) Puntuamos esta frase distintamente que las ediciones de los Padres Gerardo, Silverio y la BAC.

darla a Dios, que será queriendo Dios recibir oración por la tal persona, la moverá la voluntad dándole gana que lo haga; y si no quiere Dios aquella oración, aunque se haga fuerza a orar por ella, no podrá ni tendrá gana; y a veces se la pondrá Dios para que ruegue por otros que nunca conoció ni oyó. Y es porque Dios sólo mueve las potencias de estas almas, como he dicho, para aquellas obras que convienen según la voluntad y ordenación de Dios, y no se pueden mover a otras; y así, las obras y ruego de estas almas siempre tienen efecto.

Tales eran las de la gloriosísima Virgen nuestra Señora, la cual, estando desde el principio levantada a este alto estado, nunca tuvo en su alma impresa forma de alguna criatura, ni por ella se movió, sino siempre su moción fue por el Espíritu Santo.

11. Otro ejemplo. Ha de acudir a tal tiempo a cierto negocio necesario. No se acordará por forma ninguna, sino que, sin saber cómo, se le asentará en el alma cuándo y cómo convendrá acudir aquello, sin que haya falta.

12. Y no sólo en estas cosas les da luz el Espíritu Santo, sino en muchas que suceden y sucederán, y casos muchos, aunque sean ausentes; y esto, aunque algunas veces es por formas intelectuales, muchas es sin formas aprensibles, no sabiendo ellos cómo saben aquello. Pero esto les viene de parte de la Sabiduría divina; que, por cuanto estas almas se ejercitan en no saber ni aprender nada con las potencias, lo vienen generalmente como lo decimos en el *Monte* (1), a

---

(1) Se refiere al dibujo de la página 14.

saber todo, según aquello que dice el Sabio (7, 21): *El artífice de todo, que es la Sabiduría, me lo enseñó todo.*

13. Dirás, por ventura, que el alma no podrá vaciar y privar tanto la memoria de todas las formas y fantasías, que pueda llegar a un estado tan alto; porque hay dos dificultades que son sobre la fuerza y habilidad humana, que son: despedir lo natural con habilidad natural, que no puede ser, y tocar y unirse a lo sobrenatural, que es mucho más dificultoso; y por hablar la verdad, con natural habilidad sólo, es imposible.

Digo que es verdad que Dios la ha de poner en este estado sobrenatural; mas que ella, cuanto es en sí, se ha de ir disponiendo; lo cual puede hacer naturalmente, mayormente con el ayuda que Dios va dando. Y así, al modo que de su parte va entrando en esta negación y vacío de formas, la va Dios poniendo en la posesión de la unión; y esto va Dios obrando en ella pasivamente, como diremos, *Deo dante*, en la Noche pasiva del alma; y así, cuando Dios fuere servido, según el modo de su disposición, la acabará de dar el hábito de la divina unión perfecta.

14. Y los *divinos efectos* que hace en el alma cuando lo es, así de parte del entendimiento como de la memoria y voluntad, no los decimos en esta *Noche* y purgación *activa*, porque sólo con ésta no se acaba de hacer la divina unión; pero dirémoslos en la *pasiva*, mediante la cual se hace la junta del alma con Dios.

Y así, sólo diré aquí el modo necesario para que activamente la memoria, cuando es de su parte, se ponga en esta *Noche* y purgación. Y es que ordinariamente el espiritual tenga esta cautela; en to-

das las cosas que oyere, viere, oliere, gustare o tocare, no haga archivo ni presa de ellas en la memoria, sino que las deje luego olvidar, y lo procure con la eficacia, si es menester, que otros acordarse, de manera que no le quede en la memoria alguna noticia ni figura de ellas, como si en el mundo no fuese, dejando la memoria libre y desembarazada, no atándola a ninguna consideración de arriba ni de abajo, como si tal potencia de memoria no tuviese, dejándola libremente perder en olvido, como cosa que estorba; pues todo lo natural, si se quiere usar de ello en lo sobrenatural, antes estorba que ayuda.

15. Y si acaeciesen aquellas dudas y objeciones que arriba en lo del entendimiento, conviene a saber: que no se hace nada, y que se pierde tiempo, y que se privan de los bienes espirituales que el alma puede recibir por vía de la memoria, allí está respondido a todo, y más adelante en la *Noche pasiva;* por eso no hay para qué detenerse aquí.

Sólo conviene advertir que, aunque en algún tiempo no se sienta el provecho de esta suspensión de noticias y formas, no por eso se ha de cansar el espiritual, que no dejará Dios de acudir a su tiempo; y por un bien tan grande, mucho conviene pasar y sufrir con paciencia y esperanza.

16. Y aunque es verdad que apenas se hallará alma que en todo y por todo tiempo sea movida de Dios, teniendo tan continua unión con Dios, que sin medio de alguna forma sean sus potencias siempre movidas divinamente, todavía hay almas que muy ordinariamente son movidas de Dios en sus operaciones, y ellas no son las que se mueven, según aquello de san Pablo *(Rom.,* 8, 14): Que

los hijos de Dios, que son éstos transformados y unidos en Dios, *son movidos del espíritu de Dios,* esto es, a divinas obras en sus potencias. Y no es maravilla que las operaciones sean divinas, pues que la unión del alma es divina.

CAPITULO 3

En que se dicen tres maneras de daños que recibe el alma no oscureciéndose acerca de las noticias y discursos de la memoria.—Dícese aquí el primero.

1. A *tres daños* e inconvenientes está sujeto el espiritual que todavía quiere usar de las noticias y discursos naturales de la memoria para ir a Dios o para otra cosa: los dos son positivos, y el uno es privativo. El primero es de parte de las cosas *del mundo;* el segundo, de parte *del demonio;* el tercero y privativo, es el impedimento y *estorbo* que hacen y le causan *para la* divina *unión.*

2. El primero, que es de parte *del mundo,* es estar sujeto a muchas maneras de daño por medio de las noticias y discursos, así como falsedades, imperfecciones, apetitos, juicios, perdimiento de tiempo, y otras muchas cosas que crían en el alma muchas impurezas.

Y que de necesidad haya de caer en muchas falsedades, dando lugar a las noticias y discursos, está claro; que muchas veces ha de parecer lo verdadero falso, y lo cierto dudoso, y al contrario, pues apenas podemos de raíz conocer una verdad. De todas las cuales se libra, si oscurece la memoria en todo discurso y noticia.

3. *Imperfecciones* a cada paso las hay, si pone la memoria en lo que oyó, vió, tocó, olió, y gustó; En lo cual se le ha de pegar alguna afición, ahora de dolor, ahora de temor, ahora de odio, o de vana esperanza y vano gozo y vanagloria, etcétera; que todas éstas, por lo menos, son imperfecciones, y a veces, buenos *pecados veniales;* y en el alma pegan mucha impureza sutilísimamente, aunque sean los discursos y noticias acerca de Dios.

Y que se le engendren apetitos, también se ve claro; pues de las dichas noticias y discursos naturales nacen, y sólo querer tener la dicha noticia y discurso, es apetito. Y que ha de tener también muchos toques de juicio, bien se ve; pues no puede dejar de tropezar con la memoria en males y bienes ajenos, en que, a veces, parece lo malo bueno y lo bueno malo. De todos los cuales daños yo creo no habrá quien bien se libre, si no es cegando y oscureciendo la memoria acerca de todas las cosas.

4. Y si me dijeres que bien podrá el hombre vencer todas estas cosas cuando le vinieren, digo que del todo puramente es imposible, si hace caso de noticias; porque en ellas se injieren mil imperfecciones e impertinencias, y algunas tan sutiles y delgadas, que, sin entenderlo el alma, se le pegan de suyo, así como la pez al que la toca, y que mejor se vence todo de una vez negando la memoria en todo.

Dirás también que se priva el alma de muchos buenos pensamientos y consideraciones de Dios, que aprovechan mucho al alma para que Dios la haga mercedes. Digo que para esto más aprovecha la pureza del alma, que consiste en que no se le pegue ninguna afición de criatura, ni de tempo-

ralidad, ni advertencia eficaz; de lo cual entiendo no se dejará de pegar mucho por la imperfección que de suyo tienen las potencias en sus operaciones. Por lo cual, mejor es aprender a poner las potencias en silencio y callando, para que hable Dios. Porque, como habemos dicho, para este estado las operaciones naturales se han de perder de vista, lo cual se hace como cuando dice el profeta (*Os.*, 2, 14), cuando *venga el alma* según estas sus potencias *a soledad, y le hable Dios al corazón*.

5. Y si todavía replicas, diciendo que no tendrá bien ninguno el alma, si no considera y discurre la memoria en Dios, y que se le irán entrando muchas distracciones y flojedades, digo que es imposible que si la memoria se recoge acerca de lo de allá y de lo de acá juntamente, que se le entren males ni distracciones, ni otras impertinencias ni vicios—las cuales cosas siempre entran por vagueación de la memoria— porque no hay por dónde ni de dónde entren. Eso fuera, si, cerrada la puerta a las consideraciones y discursos cerca de las cosas de arriba, la abriéramos para las de abajo; pero aquí a todas las cosas de donde eso puede venir, la cerramos, haciendo a la memoria que quede callada y muda, y sólo el oído del espíritu en silencio a Dios, diciendo con el Profeta (1 *Reg.*, 3, 10): *Habla, Señor, que tu siervo oye.* Tal dijo el Esposo en los Cantares (4, 12) que había de ser su Esposa, diciendo: *Mi hermana es huerto cerrado, y fuente sellada*, es a saber: a todas las cosas que en él pueden entrar.

6. Estése, pues, cerrado sin cuidado y pena; que el que entró a sus discípulos corporalmente las puertas cerradas,y les dio paz, sin ellos saber ni

pensar que aquello podía ser, ni el cómo podía ser, entrará espiritualmente en el alma, sin que ella sepa ni obre el cómo, teniendo ella las puertas de las potencias, memoria, entendimiento y voluntad, cerradas a todas las aprensiones, y se las llenará de paz, *declinando sobre ella,* como el Profeta (*Is.*, 66, 12) dice, *como un río de paz,* en que la quitará todos los recelos y sospechas, turbaciones y tinieblas que la hacían temer que estaba o que iba perdida. No pierda el cuidado de orar, y espere en desnudez y vacío, que no tardará su bien.

CAPITULO 4

Que trata del segundo daño que puede venir al alma de parte del demonio por vía de las aprensiones naturales de la memoria.

1. El segundo daño *positivo* que al alma puede venir por medio de las noticias de la memoria, es de parte *del demonio,* el cual tiene gran mano en el alma por este medio.

Porque puede añadir formas, noticias y discursos, y por medio de ellos afectar el alma con soberbia, avaricia, ira, envidia, etc., y poner odio injusto, amor vano, y engañar de muchas maneras.

Y allende de esto, suele él dejar las cosas y asentarlas en la fantasía de manera que las que son falsas parezcan verdaderas, y las verdaderas, falsas.

Y finalmente, todos los más engaños que hace el demonio y males al alma, entran por las noticias y discursos de la memoria.

La cual si se oscurece en todas ellas y se aniquila en olvido, cierra totalmente la puerta a este

daño del demonio, y se libera de todas estas cosas, que es gran bien. Porque el demonio no puede nada en el alma si no es mediante las operaciones de las potencias de ella; principalmente por medio de las noticias, porque de ellas dependen casi todas las demás operaciones de las demás potencias. De donde, si la memoria se aniquila en ellas, el demonio no puede nada; porque nada halla de donde asir, y sin nada, nada puede.

2. Yo quisiera que los espirituales acabasen bien de echar de ver cuántos daños les hacen los demonios en las almas por medio de la memoria, cuando se dan mucho a usar de ella, cuántas tristezas y aflicciones y gozos malos vanos los hacen tener, así acerca de lo que piensan en Dios, como de las cosas del mundo, y cuántas impurezas les dejan arraigadas en el espíritu, y haciéndolos también grandemente distraer del sumo recogimiento, que consiste en poner toda el alma, según sus potencias, en solo el Bien incomprensible, y quitarla de todas las cosas aprensibles, porque no son Bien incomprensible; lo cual—aunque no se siguiera tanto bien de este vacío como es ponerse en Dios—, por sólo ser causa de librarse de muchas penas, aflicciones y tristezas, allende de las imperfecciones y pecados de que se libra, es grande bien.

CAPITULO 5

Del tercero daño que se le sigue al alma por vía de las noticias distintas naturales de la memoria.

1. El daño tercero que se sigue al alma por vía de las aprensiones naturales de la memoria, es *privativo;* porque la pueden impedir *el bien moral* y privar *del espiritual.*

Y para decir primero cómo estas aprensiones impiden al alma *el bien moral,* es de saber que el bien moral consiste en la rienda de las pasiones y freno de los apetitos desordenados, de lo cual se sigue en el alma tranquilidad, paz y sosiego, y virtudes morales, que es el bien moral. Esta rienda y freno no la puede tener de veras el alma no olvidando y apartando las cosas de sí, de donde le nacen las aficiones; y nunca le nacen al alma turbaciones si no es de las aprensiones de la memoria. Porque, olvidadas todas las cosas, no hay cosa que perturbe la paz, ni que mueva los apetitos; pues, como dicen, lo que el ojo no ve, el corazón no lo desea.

2. Y de esto cada momento sacamos experiencia; pues vemos que, cada vez que el alma se pone a pensar alguna cosa, queda movida y alterada, o en poco o en mucho, acerca de aquella cosa, según es la aprensión; si pesada y molesta, saca tristeza; si agradable, saca apetito y gozo, etcétera. De donde por fuerza ha de salir después turbación en la mudanza de aquella aprensión; y así, ahora tiene gozos, ahora tristezas, ahora odio, ahora amor, y no puede perseverar siempre de una manera—que es el efecto de la tranquilidad moral—, si no es cuando procura olvidar todas las

cosas. Luego claro está que las noticias impiden mucho en el alma el bien de las virtudes morales.

3. Y que también la memoria embarazada impida *el bien espiritual*, claramente se prueba por lo dicho; porque el alma alterada, que no tiene fundamento de bien moral, no es capaz, en cuanto tal, del espiritual, el cual no se imprime sino en el alma moderada y puesta en paz.

Y allende de esto, si el alma hace presa y caso de las aprensiones de la memoria, como quiera que el alma no puede advertir más que a una cosa, si se emplea en cosas aprensibles, como son las noticias de la memoria, no es posible que esté libre para lo incomprensible, que es Dios. Porque para que el alma vaya a Dios, antes ha de ir no comprendiendo que comprendiendo; hase de trocar lo conmutable y comprensible, por lo inconmutable e incomprensible.

CAPITULO 6

De los provechos que se siguen al alma en el olvido y vacío de todos los pensamientos y noticias que acerca de la memoria naturalmente puede tener.

1. Por *los daños* que habemos dicho que al alma tocan por las aprensiones de la memoria, podemos también colegir *los provechos* a ellos contrarios que se le siguen del olvido y vacío de ellas; pues, según dicen los naturales, la misma doctrina que sirve para un contrario, sirve también para el otro.

Porque, cuanto a lo *primero*, goza de tranquilidad y paz de ánimo; pues carece de la turbación

y alteración que nacen de los pensamientos y noticias de la memoria; y, por el consiguiente, de pureza de conciencia y de alma, que es más. Y en esto tiene gran disposición para la sabiduría humana y divina, y virtudes.

2. Cuanto a lo *segundo*, líbrase de muchas sugestiones, tentaciones y movimientos del demonio, que él, por medio de los pensamientos y noticias, injiere en el alma, y la hace caer en muchas impurezas y pecados, según dice David *(Sal.* 72, 8), diciendo: *Pensaron y hablaron maldad.* Y así, quitados los pensamientos de en medio, no tiene el demonio con qué combatir al espíritu naturalmente.

3. Cuanto a lo *tercero*, tiene en sí el alma, mediante este olvido y recogimiento de todas las cosas, disposición para ser movida del Espíritu Santo y enseñada por Él, el cual, como dice el Sabio (1, 5), *se aparta de los pensamientos que son fuera de razón.*

Pero aunque otro provecho no se siguiese al hombre, que las penas y turbaciones de que se libra por este olvido y vacío de la memoria, era grande ganancia y bien para él. Pues que las penas y turbaciones que de las cosas y casos adversos en el alma se crían, de nada sirven ni aprovechan para la bonanza de los mismos casos y cosas; antes de ordinario, no sólo a éstos, sino a la misma alma dañan. Por lo cual dijo David *(Sal.* 38, 7): *De verdad vanamente se conturba todo hombre.* Porque claro está que siempre es vano el conturbarse, pues nunca sirve para provecho alguno. Y así, aunque todo se acabe y hunda, y todas las cosas sucedan al revés y adversas, vano es el turbarse; pues por eso antes se dañan más

que se remedian. Y llevarlo todo con igualdad tranquila y pacífica, no sólo aprovecha al alma para muchos bienes, sino también para que en esas mismas adversidades se acierte mejor a juzgar de ellas y ponerles remedio conveniente.

4. De donde conociendo bien Salomón el daño y provecho de esto, dijo *(Eccl.*, 3, 12): *Conocí que no había cosa mejor para el hombre que alegrarse y hacer bien en su vida.* Donde da a entender, que en todos los casos, por adversos que sean, antes nos habemos de alegrar que turbar, por no perder el mayor bien que toda la prosperidad, que es la tranquilidad del ánimo y paz en todas las cosas adversas y prósperas, llevándolas todas de una manera. La cual el hombre nunca perdería, si no sólo se olvidase de las noticias y dejase pensamientos, pero aun se apartase de oír, y ver, y tratar, cuanto en sí fuese. Pues que nuestro ser es tan fácil y deleznable, que aunque esté bien ejercitado, apenas dejará de tropezar con la memoria en cosas que turben y alteren el ánimo que estaba en paz y tranquilidad no se acordando de cosas. Que por eso dijo Jeremías *(Thren.*, 3, 20): *Con memoria me acordaré, y mi alma en mí desfallecerá con dolor.*

CAPITULO 7

En que se trata del segundo género de aprensiones de la memoria, que son imaginarias y noticias sobrenaturales.

1. Aunque en el primer género de aprensiones naturales habemos dado doctrina también para las imaginarias que son naturales, convenía hacer esta división por amor de otras formas y noticias que

guarda la memoria en sí, que son de cosas sobrenaturales, así como de visiones, revelaciones, locuciones y sentimientos por vía sobrenatural. De las cuales cosas, cuando han pasado por el alma, se suele quedar imagen, forma y figura, o noticia impresa, ahora en el alma, ahora en la memoria o fantasía, a veces muy viva y eficazmente. Acerca de lo cual es también menester dar aviso, porque la memoria no se embarace con ellas y le sean impedimento para la unión de Dios en esperanza pura y entera.

2. Y digo que el alma, para conseguir este bien, nunca, sobre las cosas claras y distintas que por ella hayan pasado por vía sobrenatural, ha de hacer reflexión para conservar en sí las formas y figuras y noticias de aquellas cosas. Porque siempre habemos de llevar este presupuesto: que cuanto el alma más presa hace en alguna aprensión natural o sobrenatural distinta y clara, menos capacidad y disposición tiene en sí para entrar en el abismo de la fe, donde todo lo demás se absorbe. Porque, como queda dicho, ningunas formas ni noticias sobrenaturales que pueden caer en la memoria, son Dios; y de todo lo que no es Dios se ha de vaciar el alma para ir a Dios. Luego también la memoria de todas estas formas y noticias se ha de deshacer para unirse con Dios en esperanza.

Porque toda posesión es contra esperanza, la cual, como dice san Pablo (*Hebr.*, 11, 1), *es de lo que no se posee*. De donde, cuanto más la memoria se desposee, tanto más tiene de esperanza; y cuanto más de esperanza tiene, tanto más tiene de unión de Dios; porque acerca de Dios, cuanto más espera el alma, tanto más alcanza. Y entonces espera más, cuanto se desposee más; y cuando se hubiere desposeído perfectamente, perfecta-

mente quedará con la posesión de Dios en unión divina.

Mas hay muchos que no quiren carecer de ia dulzura y del sabor de la memoria en las noticias, y por eso no vienen a la suma posesión y entera dulzura. Porque *el que no renuncia todo lo que posee, no puede ser su discípulo (Lc.,* 14, 33).

CAPITULO 8

De los daños que las noticias de cosas sobrenaturales pueden hacer al alma, si hace reflexión sobre ellas.—Dice cuántos sean.

1. A cinco géneros de daños se aventura el espiritual, si hace presa y reflexión sobre estas noticias y formas, que se le imprimen, de las cosas que pasan por él por vía sobrenatural:

2. El primero es que muchas veces se engaña teniendo lo uno por lo otro.

El segundo es que está cerca y en ocasión de caer en alguna presunción o vanidad.

El tercero es que el demonio tiene mucha mano para le engañar por medio de las dichas aprensiones.

El cuarto es que le impide la unión en esperanza con Dios.

El quinto es que, por la mayor parte, juzga de Dios bajamente.

3. Cuanto al primer género, está claro que si el espiritual hace presa y reflexión sobre las dichas noticias y formas, se ha de engañar muchas veces acerca de su juicio; porque, como ninguno cum-

plidamente puede saber las cosas que naturalmente pasan por su imaginación, ni tener entero y cierto juicio sobre ellas, mucho menos podrá tenerle acerca de las sobrenaturales, que son sobre nuestra capacidad, y que raras veces acaecen. De donde, muchas veces pensará que son las cosas de Dios, y no será sino su fantasía; y muchas, que lo que es de Dios pensará que es del demonio, y lo que es del demonio, que es de Dios. Y muy muchas veces se le quedarán formas y noticias muy asentadas de bienes y males, ajenos o propios, y otras figuras que se le representaron, y las tendrá por muy ciertas y verdaderas, y no lo seran sino muy gran falsedad. Y otras serán verdaderas, y las juzgará por falsas, aunque esto por más seguro lo tengo, porque suele nacer de humildad.

4. Y ya que no se engañe en la verdad, podráse engañar en la cuantidad o cualidad, pensando que lo que es poco, es mucho; y lo que es mucho, poco. Y acerca de la cualidad, teniendo lo que tiene en su imaginación por tal o tal cosa, y no será sino tal o tal; *poniendo*, como dice Isaías (5, 20), *las tinieblas por luz, y la luz por tinieblas, y lo amargo por dulce, y lo dulce por amargo*. Y finalmente, ya que acierte en lo uno, maravilla será no errar acerca de lo otro; el cual, aunque no quiera aplicar el juicio para juzgarlo, basta que le aplique en hacer caso, para que, a lo menos pasivamente, se le pegue algún daño, ya que no en este género, será en alguno de esotros cuatro que luego iremos diciendo.

5. Lo que le conviene al espiritual para no caer en este daño de engañarse en su juicio, es no querer aplicar su juicio para saber qué sea lo que en sí tiene y siente, o qué será tal o tal visión, noti-

cia o sentimiento, ni tenga gana de saberlo ni haga caso, sino sólo para decirlo al padre espiritual, para que le enseñe a vaciar la memoria de aquellas aprensiones. Pues todo cuanto ellas son en sí, no le pueden ayudar al amor de Dios tanto cuanto el menor acto de fe viva y esperanza que se hace en vacío y renunciación de todo.

CAPITULO 9

Del segundo género de daños, que es peligro de caer en propia estimación y vana presunción.

1. Las aprensiones sobrenaturales ya dichas de la memoria son también a los espirituales grande ocasión para caer en alguna presunción o vanidad, si hacen caso de ellas para tenerlas en algo. Porque así como está muy libre de caer en este vicio el que no tiene nada de eso, pues no ve en sí de qué presumir, así, por el contrario, el que lo tiene, tiene la ocasión en la mano de pensar que ya es algo, pues tiene aquellas comunicaciones sobrenaturales. Porque aunque es verdad que lo pueden atribuir a Dios, y darle gracias teniéndose por indignos; con todo eso, se suele quedar cierta satisfacción oculta en el espíritu, y estimación de aquello y de sí, de que, sin sentirlo, les nace harta soberbia espiritual.

2. Lo cual pueden ver ellos bien claramente en el disgusto que les hace y desvío con quien no les alaba su espíritu, ni les estima aquellas cosas que tienen; y la pena que les da cuando piensan o les dicen que otros tienen aquellas mismas cosas o mejores. Todo lo cual nace de secreta estimación y so-

berbia, y ellos no acaban de entender que por ventura están metidos en ella hasta los ojos. Que piensan que basta cierta manera de conocimiento de su miseria, estando juntamente con esto llenos de oculta estimación y satisfacción de sí mismos, agradándose más de su espíritu y bienes espirituales que del ajeno; como el fariseo *(Lc.,* 18, 11-12) que *daba gracias a Dios que no era como los otros hombres,* y que tenía tales y tales virtudes; en lo cual tenía satisfacción de sí y presunción. Los cuales, aunque formalmente no lo digan como éste, lo tienen habitualmente en el espíritu. Y aun algunos llegan a ser tan soberbios, que son peores que el demonio. Que como ellos ven en sí algunas aprensiones y sentimientos devotos y suaves de Dios, a su parecer, ya se satisfacen de manera que piensan están muy cerca de Dios; y aún que los que no tienen aquello están muy bajos, y los desestiman como el fariseo.

3. Para huir este pestífero daño, a los ojos de Dios aborrecible, han de considerar dos cosas:

La primera, que la virtud no está en las aprensiones y sentimientos de Dios. por subido que sean, ni en nada de lo que a este talle pueden sentir en sí; sino, por el contrario, está en lo que no sienten en sí, que es mucha humildad y desprecio de sí y de todas sus cosas, muy formado y sensible en el alma, y gustar de que los demás sientan de él aquello mismo, no queriendo valer nada en el corazón ajeno.

4. Lo segundo, ha menester advertir que todas las visiones, revelaciones y sentimientos del cielo, y cuanto más ellos quisieren pensar, no valen tanto como el menor acto de humildad; la cual tiene los efectos de *la caridad* (1 *Cor.,* 13, 4),

que no estima sus cosas ni las procura, ni piensa mal sino de sí; y de sí ningún bien piensa, sino de los demás.

Pues según esto, conviene que no les hinchan el ojo estas aprensiones sobrenaturales, sino que las procuren olvidar para quedar libres.

CAPITULO 10

Del tercer daño que se le puede seguir al alma de parte del demonio por las aprensiones imaginarias de la memoria.

1. Por todo lo que queda dicho arriba, se colige y entiende bien cuánto daño se le puede seguir al alma por vía de estas aprensiones sobrenaturales, de parte del demonio; pues no solamente puede representar en la memoria y fantasía muchas noticias y formas *falsas*, que parezcan verdaderas y buenas, imprimiéndolas en el espíritu y sentido con mucha eficacia y certificación por sugestión —de manera que le parezca al alma que no hay otra cosa, sino que aquello es así como se le asienta; porque, como se transfigura en ángel de luz, parécele al alma luz—; sino también en las *verdaderas* que son de parte de Dios, puede tentarla de muchas maneras, moviéndole los apetitos y afectos, ahora espirituales, ahora sensitivos, desordenadamente acerca de ellas.

Porque si el alma gusta de las tales aprensiones, esle muy fácil al demonio hacerle crecer los apetitos y afectos, y caer en gula espiritual y otros daños.

2. Y para hacer esto mejor, suele él sugerir y

poner gusto, sabor y deleite en el sentido acerca de las mismas cosas de Dios, para que el alma, enmelada y encandilada en aquel sabor, se vaya cegando con aquel gusto, y poniendo los ojos más en el sabor que en el amor—a lo menos ya no tanto en el amor—, y que haga más caso de la aprensión que de la desnudez y vacío que hay en la fe y esperanza y amor de Dios; y de aquí vaya poco a poco engañándola y haciéndola creer sus falsedades con gran facilidad. Porque al alma ciega ya la falsedad no le parece falsedad, y lo malo no le parece malo, etc.; porque le parecen las tinieblas luz, y la luz tinieblas; y de ahí viene a dar en mil disparates, así acerca de lo natural, como de lo moral, como también de lo espiritual; y ya lo que era vino, se le volvió vinagre.

Todo lo cual le viene, porque al principio no fue negando el gusto de aquellas cosas sobrenaturales; del cual como al principio es poco, o no es tan malo, no se recata tanto el alma, y déjale estar, y crece como el grano de mostaza en árbol grande. Porque pequeño yerro, como dicen, en el principio, grande es en el fin.

3. Por tanto, para huir de este daño grande del demonio conviene mucho al alma no querer gustar de las tales cosas, porque certísimamente irá cegándose en el tal gusto y cayendo. Porque el gusto y deleite y sabor, sin que en ello ayude el demonio, de su misma cosecha ciegan el alma. Y así lo dio David a entender cuando dijo (*Sal.* 138, 11): *Por ventura, en mis deleites me cegarán las tinieblas, y tendré la noche por mi luz.*

CAPITULO 11

Del cuarto daño que se le sigue al alma de las aprensiones sobrenaturales distintas de la memoria, que es impedirle la unión.

De este cuarto daño no hay mucho que decir, por cuanto está ya declarado a cada paso en este tercero libro, en que habemos probado cómo para que el alma se venga a unir con Dios *en esperanza,* ha de renunciar toda *posesión* de la memoria; pues que para que la esperanza sea entera de Dios, nada ha de haber en la memoria que no sea Dios. Y, como también habemos dicho, ninguna forma, ni figura, ni imagen, ni otra noticia que pueda caer en la memoria sea Dios, ni semejante a él, ahora celestial, ahora terrena, natural o sobrenatural, según enseña David, diciendo (*Sal.*, 85, 8): *Señor, en los dioses ninguno hay semejante a Ti;* de aquí es que, si la memoria quiere hacer alguna presa de algo de esto, se impide para Dios; lo uno, porque se embaraza, y lo otro, porque mientras más tiene de posesión, tanto menos tiene de esperanza.

Luego necesario le es al alma quedarse desnuda y olvidada de formas y noticias distintas de cosas sobrenaturales, para no impedir la unión según la memoria en esperanza perfecta con Dios.

CAPITULO 12

Del quinto daño que al alma se le puede seguir en las formas y aprensiones imaginarias sobrenaturales, que es juzgar de Dios baja e impropiamente.

1. No le es al alma menor el quinto daño que se le sigue de querer retener en la memoria e imaginativa las dichas forma e imágenes de las cosas que sobrenaturalmente se le comunican, mayormente si las quiere tomar por medio para la divina unión. Porque es cosa muy fácil juzgar del ser y alteza de Dios menos digna y altamente de lo que conviene a su incomprensibilidad. Porque aunque con la razón y juicio no haga expreso concepto de que Dios será semejante a algo de aquello, todavía la misma estimación de aquellas aprensiones, si, en fin, las estima, hace y causa en el alma un no estimar y sentir de Dios tan altamente como señala la fe, que nos dice ser incomparable e incomprensible, etc. Porque demás de que todo lo que aquí el alma pone en la criatura, quita de Dios, naturalmente se hace en el interior de ella, por medio de la estimación de aquellas cosas aprensibles, cierta comparación de ellas a Dios, que no deja juzgar ni estimar de Dios tan altamente como debe. Porque las criaturas, ahora terrenas, ahora celestiales, y todas las noticias e imágenes distintas, naturales y sobrenaturales, que pueden caer en las potencias del alma, por altas que sean ellas en esta vida, ninguna comparación ni proporción tienen con el ser de Dios, por cuanto Dios no cae debajo de género ni especie, y ellas sí, como dicen los teólogos. Y el alma en esta

vida no es capaz de recibir clara y distintamente sino lo que cae debajo de género y especie. Que por eso dice san Juan (1, 18) *que ninguno jamás vio a Dios.* E Isaías (64, 4), *que no subió en corazón de hombre cómo sea Dios.* Y Dios dijo a Moisés *(Es.,* 33, 20) *que no le podía ver en este estado de vida.* Por tanto, el que embaraza la memoria y las demás potencias del alma con lo que ellas pueden comprender, no puede estimar a Dios ni sentir de Él como debe.

2. Pongamos una baja comparación. Claro está que cuanto más uno pusiese los ojos en los criados del rey y más reparase en ellos, menos caso hacía del rey, y en tanto menos le estimaba; porque aunque el aprecio no esté formal y distintamente en el entendimiento, estálo en la obra, pues cuanto más pone en los criados, tanto más quita de su señor; y entonces no juzgaba éste del rey muy altamente, pues los criados le parecen algo delante del rey, su señor. Así acaece al alma para con su Dios, cuando hace caso de las dichas criaturas. Aunque esta comparación es muy baja, porque, como habemos dicho, Dios es de otro ser que sus criaturas, en que infinitamente dista de todas ellas. Por tanto, todas ellas han de quedar perdidas de vista, y en ninguna forma de ellas ha de poner el alma los ojos, para poderlos poner en Dios por fe y esperanza.

3. De donde los que no solamente hacen caso de las dichas aprensiones imaginarias, sino que piensan que Dios será semejante a alguna de ellas, y que por ellas podrán ir a unión de Dios, ya éstos yerran mucho, y siempre irán perdiendo la luz de la fe en el entendimiento, por medio de la cual esta potencia se une con Dios, y también no cre-

cerán en la alteza de la esperanza, por medio de la cual la memoria se une con Dios en esperanza, lo cual ha de ser desuniéndose de todo lo imaginario.

CAPITULO 13

De los provechos que saca el alma en apartar de sí las aprensiones de la imaginativa, y responde a cierta objeción y declara una diferencia que hay entre las aprensiones imaginarias, naturales y sobrenaturales.

1. Los provechos que hay en vaciar la imaginativa de las formas imaginarias, bien se echan de ver por los cinco daños ya dichos, que le causan al alma si las quiere tener en sí, como también dijimos de las formas naturales.

Pero, demás de éstos, hay otros provechos de harto descanso y quietud para el espíritu. Porque, dejado que naturalmente la tiene cuando está libre de imágenes y formas, está libre también del cuidado de si son buenas o malas, y de cómo se ha de haber en las unas y cómo en las otras, y del trabajo y tiempo que había de gastar en los maestros espirituales, queriendo que se las averigüen si son buenas o malas, o si de este género o del otro; lo cual no ha menester querer saber, pues de ninguna ha de hacer caso. Y así, el tiempo y caudal del alma que había de gastar en esto y entender con ellas, lo puede emplear en otro mejor y más provechoso ejercicio, que es el de la voluntad para con Dios, y en cuidar de buscar la desnudez y pobreza espiritual y sensitiva, que consiste en querer de veras carecer de todo arrimo, consolatorio y aprensivo, así interior como exterior. Lo

cual se ejercita bien, queriendo y procurando desarrimarse de estas formas, pues que de ahí se le seguirá un tan gran provecho como es allegarse a Dios—que no tiene imagen, ni forma, ni figura— tanto cuanto más se enajenare de todas formas, imágenes y figuras imaginativas.

2. Pero dirás, por ventura, que ¿por qué muchos espirituales dan por consejo que se procuren aprovechar las almas de las comunicaciones y sentimientos de Dios, y que quieran recibir de Él para tener qué darle; pues si Él no nos da, no le daremos nada? Y que san Pablo dice (1 *Tes.*, 5, 19): *No queráis apagar el espíritu.* Y el Esposo a la Esposa *(Cant.*, 8, 6): *Ponme como señuelo sobre tu brazo.* Lo cual ya es alguna aprensión. Todo lo cual, según la doctrina arriba dicha, no sólo no se ha de procurar, mas, aunque Dios lo envíe, se ha de desechar y desviar. Y que, claro está que pues Dios lo da, para bien lo da, y buen efecto hará. Que no habemos de arrojar las margaritas a mal. Y aún es género de soberbia no querer admitir las cosas de Dios, como que sin ellas por nosotros mismos nos podremos valer.

3. Para satisfacción de esta objeción, es menester advertir lo que dijimos en los capítulos 16 y 17 del segundo libro, donde se responde en mucha parte a esta duda. Porque allí dijimos que el bien que redunda en el alma de las aprensiones sobrenaturales, cuando son de buena parte, pasivamente se obra en el alma en aquel mismo instante que se representan al sentido, sin que las potencias de suyo hagan alguna operación. De donde no es menester que la voluntad haga acto de admitirlas. Porque, como también habemos dicho, si el alma entonces quiere obrar con sus potencias, antes con

su operación baja natural impediría lo sobrenatural que por medio de estas aprensiones obra Dios entonces en ella, que sacase algún provecho de su ejercicio de obra. Sino que así como se le da al alma pasivamente el espíritu de aquellas aprensiones imaginarias, así pasivamente se ha de haber en ellas el alma, sin poner sus acciones interiores o exteriores en nada.

Y esto es *guardar los sentimientos de Dios:* porque de esta manera no los pierde por su manera baja de obrar.

Y esto es también *no apagar el espíritu.* Porque apagarle hía, si el alma se quisiese haber de otra manera que Dios la lleva; lo cual haría, si dándole Dios el espíritu pasivamente, como hace en estas aprensiones, ella entonces se quisiese haber en ellas activamente, obrando con el entendimiento, o queriendo algo en ellas. Y esto está claro, porque si el alma entonces quiere obrar, por fuerza no ha de ser su obra más que natural; porque de suyo no puede más; porque a lo sobrenatural no se mueve ella ni se puede mover, sino muévela Dios y pónela en ello. Y así, si entonces el alma quiere obrar, de fuerza—en cuanto en sí es—ha de impedir con su obra activa la pasiva que Dios le está comunicando, que es el espíritu, porque se pone en su propia obra, que es de otro género y *más baja* que la que Dios le comunica; porque la de Dios es pasiva y sobrenatural, y la del alma activa y natural; y esto sería *apagar el espíritu.*

4. Que sea *más baja,* también está claro; porque las potencias del alma no pueden de suyo hacer reflexión y operación, sino sobre alguna forma, figura e imagen, y ésta es la corteza y accidente de la substancia y espíritu que hay debajo de la tal corteza y accidente. La cual substancia y

espíritu no se une con las potencias del alma en verdadera inteligencia y amor, si no es cuando ya cesa la operación de las potencias. Porque la pretensión y fin de la tal operación no es sino venir a recibir en el alma la substancia entendida y amada de aquellas formas. De donde la diferencia que hay entre la operación activa y pasiva, y la ventaja, es la que hay entre lo que se está haciendo y lo que está ya hecho; que es como entre lo que se pretende conseguir y alcanzar, y entre lo que está ya alcanzado.

De donde también se saca, que si el alma quiere emplear activamente sus potencias en las tales aprensiones sobrenaturales, en que, como habemos dicho, le da Dios el espíritu de ellas pasivamente, no sería menos que dejar lo hecho para volverlo a hacer, y ni gozaría lo hecho, ni con sus acciones haría nada, sino impedir a lo hecho. Porque, como decimos, no pueden llegar de suyo al espíritu que Dios daba al alma sin el ejercicio de ellas. Y así, derechamente sería *apagar el espíritu* que de las dichas aprensiones imaginarias Dios infunde, si el alma hiciese caudal de ellas, y así las ha de dejar, habiéndose en ellas pasiva y negativamente. Porque entonces Dios mueve al alma a más que ella pudiera ni supiera. Que por eso dijo el Profeta (*Habac.*, 2, 1): *Estaré en pie sobre mi custodia, y afirmaré el paso sobre mi munición, y contemplaré lo que se me dijere.* Que es como si dijera: Levantado estaré sobre toda la guardia de mis potencias, y no daré paso adelante en mis operaciones, y así podré contemplar lo que se me dijere, esto es, entenderé y gustaré lo que se me comunicare sobrenaturalmente.

5. Y lo que también se alega del Esposo, entiéndese aquello del amor que pide a la Esposa,

que tiene por oficio entre los amados de asimilar el uno al otro en la principal parte de ellos. Y por eso dice a ella *(Cant.*, 8, 6): *Que le ponga en su corazón por señuelo,* donde todas las saetas del amor del aljaba vienen a dar, que son las acciones y motivos de amor; porque todas den en él, estando allí por señuelo de ellas; y así todas sean para él, y así se asemeje el alma a él por las acciones y movimientos de amor, hasta transformarse en él. Y dice que *le ponga también como señuelo en el brazo,* porque en él está el ejercicio de amor, pues en él se sustenta y regala el Amado.

6. Por tanto, todo lo que el alma ha de procurar en todas las aprensiones que de arriba le vinieren, no me da más visiones que locuciones, o sentimientos o revelaciones. es, no haciendo caso de la letra y corteza—esto es. de lo que significa o representa o da a entender—. sólo advertir en tener el amor de Dios que interiormente le causan al alma. Y de esta manera ha de hacer caso de los sentimientos, no de sabor o suavidad o figuras, sino de los sentimientos de amor que le causan.

Y para solo este efecto, bien podrá algunas veces acordarse de aquella imagen y aprensión que le causó el amor, para poner el espíritu en motivo de amor. Porque, aunque no hace después tanto efecto cuando se acuerda como la primera vez que se comunicó, todavía, cuando se acuerda, se renueva el amor, y hay levantamiento de mente en Dios, mayormente cuando es la recordación de algunas figuras, imágenes o sentimientos sobrenaturales, que suelen sellarse e imprimirse en el alma, de manera que duran mucho tiempo, y algunas nunca se quitan del alma. Y éstas que así se sellan en el alma, casi cada vez que el alma advierte en ellas

le hacen divinos efectos de amor, suavidad, luz, etcétera, unas veces más, otras menos; porque para esto se las imprimieron. Y así es una grande merced a quien Dios la hace, porque es tener en sí un minero de bienes.

7. Estas figuras que hacen los tales efectos están asentadas vivamente en el alma, que no son como las otras imágenes y formas que se conservan en la fantasía. Y así, no ha menester el alma ir a esta potencia por ellas cuando se quiere acordar, porque ve que las tiene en sí misma, como se ve la imagen en el espejo. Cuando acaeciere a alguna alma tener en sí las dichas figuras formalmente, bien podrá acordarse de ellas para el efecto de amor que dije, porque no le estorbarán para la unión de amor en fe, como no quiera embeberse en la figura, sino aprovecharse del amor, dejando luego la figura, y así antes le ayudará.

8. Dificultosamente se puede conocer cuándo estas imágenes están impresas *en el alma,* y cuando *en la fantasía.* Porque las de la fantasía también suelen ser muy frecuentes; porque algunas personas suelen ordinariamente traer en la imaginación y fantasía visiones imaginarias, y con grande frecuencia se les representan de una manera; ahora porque tienen el órgano muy aprensivo, y por poco que piensan luego se les representa y dibuja aquella figura ordinaria en la fantasía; ahora porque se las pone el demonio; ahora, también, porque se las pone Dios, sin que se impriman en el alma formalmente. Pero puédense conocer por los efectos; porque las que son naturales o del demonio, aunque más se acuerden de ellas, ningún efecto hacen bueno ni renovación espiritual en el alma, sino secamente las miran. Aun-

que las que son buenas, todavía, acordándose de ellas, hacen algún efecto bueno, como aquel que hizo al alma la primera vez. Pero las formales que se imprimen en el alma, casi siempre que advierte le hacen algún efecto.

9. El que hubiere tenido éstas, conocerá fácilmente las unas y las otras; porque está muy clara la mucha diferencia al que tiene experiencia. Sólo digo que las que se imprimen formalmente en el alma con duración, más raras veces acaecen. Pero ahora sean éstas, ahora aquéllas, bueno le es al alma no querer comprender nada, sino a Dios por fe en esperanza.

Y a esotro que dice la objeción, que parece soberbia desechar estas cosas si son buenas, digo que antes es humildad prudente aprovecharse de ellas en el mejor modo, como queda dicho, y guiarse por lo más seguro.

CAPITULO 14

En que se trata de las noticias espirituales en cuanto pueden caer en la memoria.

1. Las *noticias espirituales* pusímonos por tercer género de aprensiones de la memoria, no porque ellas pertenezcan al sentido corporal de la fantasía, como en las demás, pues no tienen imagen y forma corporal; pero porque también caen debajo de reminiscencia y memoria espiritual. Pues que, después de haber caído en el alma alguna de ellas, se puede, cuando quisiere, acordar de ella; y esto no por la efigie e imagen que dejase la tal aprensión en el sentido corporal, porque por ser corporal, como decimos, no tiene capacidad para

formas espirituales, sino que intelectual y espiritualmente se acuerda de ella por la forma que en el alma de sí dejó impresa, que también es forma o noticia, o imagen espiritual o formal, por la cual se acuerda, o por el efecto que hizo. Que por eso pongo estas aprensiones entre las de la memoria, aunque no pertenezcan a las de la fantasía.

2. Cuáles son estas noticias, y cómo se haya de haber en ellas el alma para ir a la unión de Dios, suficientemente está dicho en el capítulo 26 del libro segundo, donde las tratamos como aprensiones del entendimiento. Véanse allí, porque allí dijimos cómo eran en dos maneras: unas increadas y otras de criaturas.

Sólo lo que toca al propósito de cómo se ha de haber la memoria acerca de ellas para ir a la unión, digo que, como acabo de decir de las formales en el capítulo precedente—de cuyo género son también éstas que son de cosas criadas—, cuando le hicieren buen efecto se puede acordar de ellas, no para quererlas retener en sí, sino para avivar el amor y noticia de Dios. Pero si no le causa el acordarse de ellas buen efecto, nunca quiera pasarlas por la memoria.

Mas de las increadas, digo que se procure acordar las veces que pudiere, porque le harán grande efecto; pues, como allí dijimos, son toques y sentimientos de unión de Dios, que es donde vamos encaminando al alma. Y de éstos no se acuerda la memoria por alguna forma, imagen o figura que imprimiesen en el alma, porque no la tienen aquellos toques y sentimientos de unión del Criador; sino por el efecto que en ella hicieron de luz, amor, deleite y renovación espiritual, etc., de las cuales cada vez que se acuerda, se renueva algo de esto.

CAPITULO 15

En que se pone el modo general cómo se ha de gobernar el espiritual acerca de este sentido.

1. Para concluir, pues, con este negocio de la memoria, será bien poner aquí al lector espiritual en una razón el modo que universalmente ha de usar para unirse con Dios según este sentido. Porque, aunque en lo dicho queda bien entendido, todavía, resumiéndoselo aquí, lo tomará más fácilmente.

Para lo cual ha de advertir que, pues lo que pretendemos es que el alma se una con Dios según la memoria en esperanza, y que lo que se espera es de lo que no se posee, y que cuanto menos se posee de otras cosas, más capacidad hay y más habilidad para esperar lo que se espera, y consiguientemente más esperanza, y que, cuanto más cosas se poseen, menos capacidad y habilidad hay para esperar, y consiguientemente menos esperanza, y que, según esto, cuanto más el alma desaposesionare la memoria de formas y *cosas memorables* que no son Dios, tanto más pondrá la memoria en Dios, y más vacía la tendrá para esperar de Él el lleno de su memoria; lo que ha de hacer, pues, para vivir en entera y pura esperanza de Dios es, que todas las veces que le ocurrieren noticias, formas e imágenes distintas, sin hacer asiento en ella, vuelva luego el alma a Dios en vacío de todo aquello memorable con afecto amoroso, no pensando ni mirando en aquellas cosas más de lo que le bastan las memorias de ellas para entender y hacer lo que es obligado, si ellas fueren de cosa tal. Y esto sin poner afecto ni gusto, porque no

dejen efecto de sí en el alma. Y así, no ha de dejar el hombre de pensar y acordarse de lo que debe hacer y saber, que, como no haya aficiones de propiedad, no le harán daño.

Aprovecharán para estos los versillos del Monte, que están en el capítulo 13 del primer libro, página 75.

2. Pero hase de advertir aquí que no por eso convenimos, ni queremos convenir, en esta nuestra doctrina con la de aquellos pestíferos hombres que, persuadidos de la soberbia y envidia de Satanás, quisieron quitar de delante de los ojos de los fieles el santo y necesario uso e ínclita adoración de las imágenes de Dios y de los santos. Antes esta nuestra doctrina es muy diferente de aquélla, porque aquí no tratamos que no haya imágenes, y que no sean adoradas, como ellos; sino damos a entender la diferencia que hay de ellas a Dios, y que de tal manera pasen por lo pintado, que no impidan de ir a lo vivo, haciendo en ello más presa de la que basta para ir a lo espiritual. Porque así como es bueno y necesario el medio para el fin, como lo son las imágenes para acordarnos de Dios y de los santos, así cuando se toma y se repara en el medio más que por solo medio, estorba e impide tanto en su tanto, como otra cualquier cosa diferente.

Cuanto más que en lo que yo más pongo la mano es en las imágenes y visiones sobrenaturales, acerca de las cuales acaecen muchos engaños y peligros. Porque acerca de la memoria y adoración y estimación de las imágenes, que naturalmente la Iglesia Católica nos propone, ningún engaño ni peligro puede haber, pues en ellas no se estima otra cosa si no lo que representan; ni la memoria de ellas dejará de hacer provecho al alma, pues aquélla no se tiene sino con amor de al que

representan, que, como no repare en ellas más que para esto, siempre le ayudarán a la unión de Dios, como deje volar al alma—cuando Dios la hiciere merced—de lo pintado a Dios vivo, en olvido de toda criatura y cosa de criatura.

CAPITULO 16

En que se comienza a tratar de la Noche oscura de la voluntad.—Pónese la división de las aficiones de la voluntad.

1. No hubiéramos hecho nada en purgar *el entendimiento* para fundarle en la virtud de la fe, y a *la memoria* en la de la esperanza, si no purgásemos también *la voluntad* acerca de la tercera virtud que es la caridad, por la cual las obras hechas en fe son vivas y tienen gran valor, y sin ella no valen nada; pues, como dice Santiago (2, 20): *Sin obras* de caridad, *la fe es muerta.*

Y para haber ahora de tratar de la *Noche* y desnudez *activa* de esta potencia, para enterarla y formarla en esta virtud de la caridad de Dios, no hallo autoridad más conveniente que la que se escribe en el Deuteronomio, capítulo 6 (v. 5) donde dice Moisés: *Amarás a tu Señor Dios, de todo tu corazón, y de toda tu ánima y de toda tu fortaleza.* En la cual se contiene todo lo que el hombre espiritual debe hacer, y lo que yo aquí le tengo de enseñar, para que de veras llegue a Dios por unión de voluntad por medio de la caridad. Porque en ella se manda al hombre que todas las potencias y apetitos y operaciones y aficiones de su alma emplee en Dios, de manera que toda la habilidad y

fuerza del alma no sirva más que para esto, conforme a lo que dice David, diciendo (*Sal.* 58, 10): *Fortitudinem meam ad te custodiam.*

2. La *fortaleza* del alma consiste en sus potencias, pasiones y apetitos; todo lo cual es gobernado por la voluntad. Pues cuando estas potencias, pasiones y apetitos endereza en Dios la voluntad, y las desvía de todo lo que no es Dios, entonces *guarda la fortaleza del alma para Dios*, y así viene a amar a Dios de toda su fortaleza. Y para que esto el alma pueda hacer, trataremos aquí de purgar la voluntad de todas sus aficiones desordenadas, de donde nacen los apetitos, afectos y operaciones desordenadas, de donde le nace también no guardar *toda su fuerza a Dios.*

Estas aficiones o pasiones son cuatro, es a saber: gozo, esperanza, dolor y temor. Las cuales pasiones, poniéndolas en obra de razón en orden a Dios, de manera que el alma no *se goce* sino de lo que es puramente honra y gloria de Dios, ni *tenga esperanza* de otra cosa, ni *se duela* sino de lo que a esto tocare, ni *tema* sino a solo Dios, está claro que enderezan y guardan *la fortaleza* del alma y su habilidad *para Dios*. Porque cuanto más se gozare el alma en otra cosa que en Dios, tanto menos frecuente se empleará su gozo en Dios; y cuanto más esperaré otra cosa, tanto menos esperará en Dios, y así de las demás.

3. Y para que demos más por entero doctrina de esto, iremos—como es nuestra costumbre—tratando en particular de cada una de estas cuatro pasiones y de los apetitos de la voluntad. Porque todo el negocio para venir a unión de Dios está en purgar la voluntad de sus aficiones y apetitos, porque así, de voluntad humana y baja, venga a

ser voluntad divina, hecha una misma cosa con la voluntad de Dios.

4. Estas cuatro pasiones tanto más reinan en el alma y la combaten, cuanto la voluntad está menos fuerte en Dios y más pendiente de criaturas. Porque entonces con mucha facilidad *se goza* de cosas que no merecen gozo, y *espera* lo que no aprovecha, y *se duele* de lo que, por ventura, se había de gozar, y *teme* donde no hay que temer.

5. De estas aficiones nacen al alma todos los vicios e imperfecciones que tiene cuando están desenfrenadas, y también todas sus virtudes cuando están ordenadas y compuestas.

Y es de saber, que al modo que una de ellas se fuere ordenando y poniendo en razón, a ese mismo modo se pondrán todas las demás; porque están tan aunadas y tan hermanadas entre sí estas cuatro pasiones del alma, que donde actualmente va la una, las otras también van virtualmente; y si la una se recoge actualmente, las otras tres virtualmente a la misma medida también se recogen. Porque si la voluntad se goza de alguna cosa, consiguientemente, a esta misma medida, la ha de esperar, y virtualmente va allí incluido el dolor y temor acerca de ella; y a la medida que de ella va quitando el gusto, va también perdiendo el temor y dolor de ella, y quitando la esperanza.

Porque la voluntad, con estas cuatro pasiones, es significada por aquella figura que vio Ezequiel (1, 8-9) de cuatro animales juntos en un cuerpo, que tenía cuatro faces, y las alas de uno estaban asidas a las del otro, y cada uno iba delante de su faz y cuando iban delante no volvían atrás. Y así, de tal manera están asidas las plumas de cada una de estas aficiones a las de cada una de eso-

tras, que doquiera que actualmente lleva la una su faz, esto es, su operación, necesariamente las otras han de caminar virtualmente con ella; y cuando se abajare la una, como allí se dice, se han de abajar todas, y cuando se elevare, se elevarán. Donde fuere tu esperanza, irá tu gozo y temor y dolor; y si se volviere, ellas se volverán, y así de las demás.

6. Donde has de advertir que dondequiera que fuere una pasión de éstas, irá también toda el alma y la voluntad y las demás potencias, y vivirán todas cautivas en la tal pasión, y las demás tres pasiones en aquella estarán vivas para afligir al alma con sus prisiones, y no la dejar volar a la libertad y descanso de la dulce contemplación y unión. Que por eso te dijo Boecio (1) que si querías con luz clara entender la verdad, echases de ti los gozos, y la esperanza, y temor y dolor. Porque en cuanto estas pasiones reinan, no dejan estar al alma con la tranquilidad y paz que se requiere para la sabiduría que natural y sobrenaturalmente puede recibir.

CAPITULO 17

En que se comienza a tratar de la primera afición de la voluntad.—Dícese qué cosa es gozo, y hácese distinción de las cosas de que la voluntad puede gozarse.

1. La primera de las pasiones del alma y aficiones de la voluntad es *el gozo,* el cual, en cuanto toca a lo que de él pensamos decir, no es otra cosa que un contentamiento de la voluntad con

---

(1) Véase arriba, l. 2, c. 21, n. 6.

estimación de alguna cosa que tiene por conveniente; porque nunca la voluntad se goza, sino cuando la cosa le hace aprecio y da contento. Esto es cuando al *gozo activo,* que es cuando el alma entiende distinta y claramente de lo que se goza, y está en su mano gozarse y no gozarse. Porque hay otro *gozo pasivo,* en que se puede hallar la voluntad gozando sin entender cosa clara y distinta—y a veces entendiéndola—de qué sea el tal gozo no estando en su mano tenerle o no tenerle. Y de éste trataremos después. Ahora diremos del gozo en cuanto es activo y voluntario, de cosas distintas y claras.

2. El gozo puede nacer de seis géneros de cosas o bienes, conviene a saber: *temporales, naturales, sensuales, morales, sobrenaturales* y *espirituales;* acerca de los cuales habemos de ir por su orden poniendo la voluntad en razón, para que no embarazada con ellos, deje de poner la fuerza de su gozo en Dios.

Para todo ello conviene presuponer un fundamento, que sería como un báculo en que nos habemos de ir siempre arrimando; conviene llevarle entendido, porque es la luz por donde nos habemos de guiar y entender en esta doctrina, y enderezar en todos estos bienes el gozo a Dios. Y es que la voluntad no se debe gozar sino sólo de aquello que es honra y gloria de Dios, y que la mayor honra que le podemos dar es servirle según la perfección evangélica; y lo que es fuera de esto, es de ningún valor y provecho para el hombre.

CAPITULO 18

Que trata del gozo acerca de los bienes temporales. Dice cómo ha de enderezar el gozo en ellos a Dios.

1. El primer género de bienes que dijimos, son los *temporales*. Y por bienes temporales entendemos aquí riquezas, estados, oficios y otras pretensiones, e hijos, parientes, casamientos, etc.; todas las cuales son cosas de que se puede gozar la voluntad.

Pero cuán vana cosa sea gozarse los hombres de las riquezas, títulos, estados, oficios y otras cosas semejantes que suelen ellos pretender, está claro. Porque si por ser el hombre más rico fuera más siervo de Dios, debiérase gozar en las riquezas; pero antes le son causa que le ofenda, según lo enseña el Sabio (*Eccl.*, 11, 10), diciendo: *Hijo, si fueres rico, no estarás libre de pecado.* Que aunque es verdad que los bienes temporales, de suyo necesariamente no hacen pecar, pero porque ordinariamente con flaqueza de afición se ase el corazón del hombre a ellos, y falta a Dios—lo cual es pecado, porque pecado es faltar a Dios—, por eso dice el Sabio que *no estarás libre de pecado.* Que por eso el Señor las llamó en el Evangelio (*Mt.*, 13, 22) *espinas*, para dar a entender que el que las manoseare con la voluntad quedará herido de algún pecado. Y aquella exclamación que hace en el Evangelio (*Mt.*, 19, 23) diciendo: *Cuán dificultosamente entrarán en el reino de los cielos los que tienen riquezas,* es a saber, el gozo en ellas, bien da a entender que no se debe el hombre gozar en las riquezas, pues a tanto peligro se pone. Que para

apartarnos de él dijo también David (*Sal.* 61, 11): *Si abundaren las riquezas, no pongáis en ellas el corazón.* Y no quiero traer aquí más testimonios en cosa tan clara.

2. Porque tampoco acabaría de alegar Escritura, y porque no acabaría de decir los males que de ellas dice Salomón en el Eclesiastés (1, 14); el cual, como hombre que habiendo tenido muchas riquezas y sabiendo bien lo que eran, dijo: *Que todo cuanto había debajo del sol era vanidad de vanidades, aflicción de espíritu y vana solicitud del ánimo.* Y que (5, 9) el *que ama a las riquezas, no sacará fruto de ellas.* Y que (5, 12) *las riquezas se guardan para mal de su señor,* según se ve en el Evangelio, donde a aquel que se gozaba porque tenía guardados muchos frutos para muchos años, se le dijo del cielo (*Lc.*, 12, 20): *Necio, esta noche te pedirán el alma* para que venga a cuenta; *y lo que allegaste, ¿cúyo será?* Y, finalmente, cómo David nos enseña lo mismo, diciendo (*Sal.* 48, 17-18): *Que no tengamos envidia cuando nuestro vecino se enriqueciere, pues no le aprovechará nada para la otra vida;* dando allí a entender que antes le podríamos tener lástima.

3. Síguese, pues, que el hombre ni se ha de gozar de las riquezas cuando él las tiene, ni cuando las tiene su hermano, sino si con ellas sirven a Dios. Porque si por alguna vía se sufre gozarse en ellas, como se han de gozar en las riquezas, es cuando se expenden y emplean en servicio de Dios, pues de otra manera no sacará de ellas provecho.

Y lo mismo se ha de entender de los demás bienes, de títulos, oficios, etc.; en todo lo cual es vano el gozarse, si no siente en ellos sirve más a Dios y llevan más seguro el camino para la vida

eterna. Y porque claramente no puede saber si esto es así, que sirve más a Dios, etc., vana cosa sería gozarse determinadamente sobre estas cosas, porque no puede ser razonable el tal gozo. Pues como dice el Señor (*Mt.*, 16, 26): *Aunque gane todo el mundo, puede uno perder su alma.* No hay, pues, de qué se gozar, sino en si sirve más a Dios.

4. Pues sobre los hijos tampoco hay de que se gozar, ni por ser muchos, ni ricos, y adornados de dones y gracias naturales y bienes de fortuna, sino en si sirven a Dios. Pues que a Absalón, hijo de David (2 *Reg.*, 14, 25), ni su hermosura, ni su riqueza, ni su linaje, le sirvió de nada, pues no sirvió a Dios. Por tanto, vana cosa fue haberse gozado de lo tal.

De donde también es vana cosa desear tener hijos, como hacen algunos, que hunden y alborotan el mundo con el deseo de ellos, pues que no saben si serán buenos y servirán a Dios; y si el contento que de ellos esperan será dolor; y el descanso y consuelo, trabajo y desconsuelo, y la honra, deshonra y ofender más a Dios con ellos, como hacen muchos. De los cuales dice Cristo (*Mt.*, 23, 15) que cercan la mar y la tierra para enriquecerlos y hacerlos doblado hijos de perdición que fueron ellos.

5. Por tanto, aunque todas las cosas se le rían al hombre y todas sucedan prósperamente, antes se debe recelar que gozarse; pues en aquello crece la ocasión y el peligro de olvidar a Dios. Que por eso dice Salomón, que se recataba él, diciendo en el Eclesiastés (2, 2): *A la risa juzgué por error, y al gozo dije: ¿por qué te engañas en vano?* Que es como si dijera: Cuando se me reían las cosas, tuve por error y engaño gozarme en ellas; porque grande error, sin duda, e insipiencia es la del hombre

que se goza de lo que se le muestra alegre y risueño, no sabiendo de cierto que de allí se le siga algún bien eterno. *El corazón del necio,* dice el Sabio *(Eccl.,* 7, 5), *está donde está la alegría; mas el del sabio, donde está la tristeza.* Porque la alegría ciega el corazón, y no le deja considerar y ponderar las cosas, y la tristeza hace abrir los ojos y mirar el provecho y daño de ellas. Y de aquí es que, como dice también el mismo (v. 4), *es mejor la ira que la risa.* Por tanto, *mejor es ir a la casa del llanto que a la del convite; porque en aquella se muestra el fin de todos los hombres,* como también dice el Sabio (v. 3).

6. Pues gozarse de la mujer o del marido, cuando claramente no saben que sirven a Dios mejor con su casamiento, también sería vanidad. Pues antes debían tener confusión. por ser el matrimonio causa, como dice san Pablo, de que por tener cada uno puesto el corazón en el otro, no le tengan entero con Dios. Por lo cual dice: *Que si te hallases libre de mujer, no quieras buscar mujer;* pero que ya que se tenga, conviene que *sea* con tanta libertad de corazón *como si no la tuviese.* Lo cual, juntamente con lo que habemos dicho de los bienes temporales, nos enseña él por estas palabras, diciendo (1 *Cor.,* 7, 27-30): *Esto es cierto; os digo, hermanos, que el tiempo es breve; lo que resta es, que los que tienen mujeres, sean como los que no las tienen; y los que lloran, como los que no lloran; y los que se gozan, como los que no se gozan; y los que compran, como los que no poseen; y los que usan de este mundo, como los que no le usan.* [Todo lo cual dice para dar a entender que poner el gozo en otra cosa que en lo que toca para servir a Dios, es vanidad y cosa sin prove

cho; pues que el gozo que no es según Dios, no le puede saber bien al alma] (1).

CAPITULO 19

De los daños que se le pueden seguir al alma de poner el gozo en los bienes temporales.

1. Si los daños que al alma cercan por poner el afecto de la voluntad en los bienes temporales hubiésemos de decir, ni tinta ni papel bastarían, y el tiempo sería corto. Porque desde muy poco puede llegar a grandes males, y destruir grandes bienes; así como de una centella de fuego, si no se apaga, se pueden encender grandes fuegos que abrasen al mundo.

Todos estos daños tienen raíz y origen en un *daño privativo* principal que hay en este gozo, que es apartarse de Dios. Porque así como allegándose a Él el alma por la afición de la voluntad, de ahí le nacen todos los bienes, así apartándose de Él por esta afición de criatura, dan en ella todos los daños y males, a la medida del gozo y afición con que se junta con la criatura; porque eso es el apartarse de Dios. De donde según el apartamiento que cada uno hiciere de Dios en más o en menos, podrá entender ser sus daños en más o en menos, extensiva o intensivamente, y juntamente de ambas maneras, por la mayor parte.

2. Este *daño privativo,* de donde decimos que nacen los demás privativos y positivos, tiene cuatro grados, uno peor que otro. Y cuando el alma llega-

(1) Así los códices de Alba y Burgos.

re al cuarto, habrá llegado a todos los males y daños que se pueden decir en este caso. Estos cuatro grados nota muy bien Moisés en el Deuteronomio (32, 15) por estas palabras, diciendo: *Empachóse el amado y dio trancos hacia atrás. Empachóse, engrosóse y dilatóse. Dejó a Dios su hacedor, y alejóse de Dios su salud.*

3. El *empacharse* el alma, que era amada antes que se empachara, es engolfarse en este gozo de criaturas. Y de aquí sale *el primer grado* de este daño, que es *volver atrás;* lo cual es un embotamiento de la mente acerca de Dios, que le oscurece los bienes de Dios, como la niebla oscurece el aire para que no sea bien ilustrado de la luz del sol. Porque por el mismo caso que el espiritual pone su gozo en alguna cosa y da rienda al apetito para impertinencias, se entenebrece acerca de Dios, y anubla la sencilla inteligencia del juicio, según lo enseña el Espíritu divino en el libro de la Sabiduría (4, 12), diciendo: *El uso y juntura de la vanidad y burla oscurece los bienes; y la inconstancia del apetito trastorna y pervierte el sentido y juicio sin malicia.* Donde da a entender el Espíritu Santo que, aunque no haya malicia concebida en el entendimiento del alma, sólo la concupiscencia y gozo de éstas basta para hacer en ella este primer grado de este daño, que es el embotamiento de la mente y la oscuridad del juicio para entender la verdad y juzgar bien de cada cosa como es.

4. No basta santidad y buen juicio que tenga el hombre para que deje de caer en este daño, si da lugar a la concupiscencia o gozo de las cosas temporales. Que por eso dijo Dios por Moisés, avisándonos, estas palabras *(Ex.,* 23, 8): *No recibas dones, que hasta a los prudentes ciegan.* Y

esto era hablando particularmente con los que habían de ser jueces; porque han menester tener el juicio limpio y despierto, lo cual no tendrán con la codicia y gozo de las dádivas. Y también por eso mandó Dios al mismo Moisés *(Ex.,* 18, 21-22) que pusiese por jueces a los que *aborreciesen la avaricia,* porque no se les embotase el juicio con el gusto de las pasiones. Y así, dice que no solamente no la quieran, sino que *la aborrezcan.* Porque para defenderse uno perfectamente de la afición de amor, hase de sustentar en aborrecimiento, defendiéndose con el un contrario del otro. Y así, la causa por qué el profeta Samuel fue siempre tan recto e ilustrado juez, es porque, como él dijo en el libro de los Reyes (1.°, 12, 3), nunca había recibido de alguno alguna dádiva.

5. El *segundo grado* de este daño privativo sale de este primero, el cual se da a entender en aquello que se sigue de la autoridad alegada, es a saber: *Empachóse, engrosóse y dilatóse.* Y así este segundo grado es dilatación de la voluntad ya con más libertad en las cosas temporales; lo cual consiste en no se le dar ya tanto ni penarse, ni tener ya en tanto el gozarse y gustar de los bienes criados. Y esto le nació de haber primero dado rienda al gozo; porque dándole lugar, se vino a *engrosar* el alma en él, como dice allí, y aquella grosura de gozo y apetito le hizo *dilatar* y extender más la voluntad en las criaturas.

Y esto trae consigo grandes daños. Porque este grado segundo le hace apartarse de las cosas de Dios y santos ejercicios, y no gustar de ellos, porque gusta de otras cosas, y va dándose a muchas imperfecciones e impertinencias y gozos y vanos *gustos.*

6. Y totalmente este segundo grado, cuando es consumado, quita al hombre los continuos ejercicios que tenía, y que toda su mente y codicia ande ya en lo secular.

Y ya los que están en este segundo grado, no solamente tienen oscuro el juicio y entendimiento para conocer las verdades y la justicia como los que están en el primero; mas aún tienen ya mucha flojedad y tibieza y descuido en saberlo y obrarlo, según de ellos dice Isaías (1, 23) por estas palabras: *Todos aman las dádivas y se dejan llevar de las retribuciones, y no juzgan al pupilo, y la causa de la viuda no llega a ellos para que de ella hagan caso;* lo cual no acaece en ellos sin culpa, mayormente cuando les incumbe de oficio. Porque ya los de este grado no carecen de malicia como los del primero carecen. Y así se van más apartando de la justicia y virtudes; porque van más extendiendo la voluntad en la afición de las criaturas.

Por tanto, la propiedad de los de este grado segundo es gran tibieza en las cosas espirituales, y cumplir muy mal con ellas, ejercitándolas más por cumplimiento, o por fuerza, o por el uso que tienen en ellas, que por razón de amor.

7. *El tercer grado* de este daño privativo es *dejar a Dios del todo,* no curando de cumplir su ley por no faltar a las cosas y bienes del mundo, dejándose caer en pecados mortales por la codicia.

Y este tercer grado se nota en lo que se va siguiendo en la dicha autoridad, que dice: *Dejó a Dios su hacedor.* En este grado se contienen todos aquellos que de tal manera tienen las potencias del alma engolfadas en las cosas del mundo y riquezas y tratos, que no se les da nada por cumplir con lo que les obliga la ley de Dios. Y tienen grande

olvido y torpeza acerca de lo que toca a su salvación, y tanta más viveza y sutileza acerca de las cosas del mundo. Tanto, que les llama Cristo en el Evangelio *(Lc.,* 16, 8) *hijos de este siglo;* y dice de ellos que *son más prudentes en sus tratos y agudos que los hijos de la luz en los suyos.* Y así, en lo de Dios no son nada, y en lo del mundo lo son todo.

Y éstos propiamente son los avarientos, los cuales tienen ya tan extendido y derramado el apetito y gozo en las cosas criadas, y tan afectadamente, que no se pueden ver hartos; sino que antes su apetito crece tanto más y su sed, cuanto ellos están más apartados de la fuente que solamente los podía hartar, que es Dios. Porque de éstos dice el mismo Dios por Jeremías (2, 13): *Dejáronme a mí que soy fuente de agua viva y cavaron para sí cisternas rotas que no pueden tener aguas.* Y esto es porque en las criaturas no halla el avaro con qué apagar su sed, sino con qué aumentarla. Estos son los que caen en mil maneras de pecados por amor de los bienes temporales, y son innumerables sus daños. Y de éstos dice David *(Sal.* 72, 7): *Transierunt in affectum cordis.*

8. *El cuarto grado* de este daño privativo se nota en lo último de nuestra autoridad, que dice: *Y alejóse de Dios su salud.* A lo cual vienen del tercer grado que acabamos de decir. Porque de no hacer caso de poner su corazón en la ley de Dios por causa de los bienes temporales, viene el alejarse mucho de Dios el alma del avaro, según la memoria, entendimiento y voluntad, olvidándose de Él como si no fuese su Dios, lo cual es porque ha hecho para sí dios del dinero y bienes temporales, como dice san Pablo, diciendo *(Colos.,* 3, 5), que *la avaricia es servidumbre de ídolos.* Porque este cuarto grado llega hasta olvidar a Dios, y poner

el corazón, que formalmente debía poner en Dios, formalmente en el dinero, como si no tuviese otro Dios.

9. De este cuarto grado son aquellos que no dudan de ordenar las cosas divinas y sobrenaturales a las temporales como a su dios, y como lo debían hacer al contrario, ordenándolas a ellas a Dios, si le tuvieran por su Dios, como era razón. De éstos fue el inicuo Balaán *(Núm.*, 22, 5), que la gracia que Dios le había dado, vendía. Y también Simón Mago *(Act.*, 8, 18-19), que pensaba estimarse la gracia de Dios por el dinero, queriéndola comprar. En lo cual estimaba más el dinero; pues le parecía que había quien lo estimase en más, dando la gracia por el dinero.

Y de este cuarto grado en otras muchas maneras hay muchos el día de hoy, que allá con sus razones oscurecidas con la codicia, en las cosas espirituales sirven al dinero y no a Dios, y se mueven por el dinero y no por Dios, poniendo delante el precio y no el divino valor y premio, haciendo de muchas maneras al dinero su principal dios y fin, anteponiéndole al último fin, que es Dios.

10. De este último grado son también todos aquellos miserables, que estando tan enamorados de los bienes, los tienen tan por su dios, que no dudan de sacrificarles sus vidas cuando ven que este su dios recibe alguna mengua temporal, desesperándose y dándose ellos la muerte por miserables fines, mostrando ellos mismos por sus manos el desdichado galardón que de tal dios se consigue. Que como no hay que esperar de él, da desesperación y muerte; y a los que no persigue hasta este último daño de muerte, los hace vivir muriendo en penas de solicitud y otras muchas miserias, no

dejando entrar alegría en su corazón, y que no les luzca bien ninguno en la tierra, pagando siempre el tributo de su corazón al dinero en tanto que penan por él, allegándolo a él para la última calamidad suya de justa perdición, como lo advierte el Sabio (*Eccl.*, 5, 12), diciendo *que las riquezas están guardadas para el mal de su señor.*

12. Y de este cuarto grado son aquellos que dice san Pablo (*Rom.*, 1, 8), que *traditit illos in reprobum sensum.* Porque hasta estos daños trae al hombre el gozo cuando se pone en las posesiones últimamente.

Mas a los que menos daño hace, es de tener harta lástima, pues, como habemos dicho, hace volver al alma muy atrás en la vía de Dios. Por tanto, como dice David (*Sal.*, 48, 17): *No temas cuando se enriqueciere el hombre;* esto es, no le hayas envidia, pensando que te lleva ventaja, *porque cuando acabare, no llevará nada, ni su gloria y gozo bajará con él.*

CAPITULO 20

De los provechos que se siguen al alma en apartar el gozo de las cosas temporales.

1. Ha, pues, el espiritual de mirar mucho que no se le comience a asir el corazón y el gozo a las cosas temporales, temiendo que de poco vendrá a mucho, creciendo de grado en grado. Pues de lo poco se viene a lo mucho; y de pequeño principio, al fin es el daño grande, como una centella basta para quemar un monte, y todo el mundo. Y nunca se fíe por ser pequeño el asimiento, si no le corta luego, pensando que adelante lo hará. Porque si

cuando es tan poco y al principio no tiene ánimo para acabarlo, cuando sea mucho y más arraigado, ¿cómo piensa y presume que podrá? Mayormente, diciendo nuestro Señor en el Evangelio (*Lc.*, 16, 10): *Que el que es infiel en lo poco, también lo será en lo mucho.* Porque el que lo poco evita no caerá en lo mucho. Mas en lo poco hay gran daño, pues está ya entrada la cerca y la muralla del corazón; y como dice el adagio: el que comienza, la mitad tiene hecho. Por lo cual nos avisa David (*Sal.* 61, 11), diciendo: *Que aunque abunden las riquezas, no les apliquemos el corazón.*

2. Lo cual, aunque el hombre no hiciese por su Dios, y por lo que le obliga la perfección cristiana, por los provechos que temporalmente se le siguen, demás de los espirituales, había de libertar perfectamente su corazón de todo gozo acerca de lo dicho. Pues no sólo se libra de los pestíferos daños que habemos dicho en el precedente capítulo; pero, demás de eso, en quitar el gozo de los bienes temporales, adquiere virtud de liberalidad, que es una de las principales condiciones de Dios; la cual en ninguna manera se puede tener con codicia.

Demás de esto, adquiere libertad de ánimo, claridad en la razón, sosiego, tranquilidad y confianza pacífica en Dios, y culto y obsequio verdadero de la voluntad para Dios.

Adquiere más, gozo y recreación en las criaturas, con el desapropio de ellas, el cual no se puede gozar en ellas si las mira con asimiento de propiedad, porque éste es un cuidado que, como lazo, ata al espíritu en la tierra, y no le deja anchura de corazón.

Adquiere más, en el desasimiento de las cosas,